

EL ÁRBOL, EL LEÑADOR Y LA MUCHACHA

Una historia montevideana

Por Silvia Soler

Silvia Soler:: (Montevideo, 1962). Es docente de Taller de Escritura II y fue tutora del seminario Periodismo y Literatura en la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay. Se desempeñó como periodista en el diario *El Observador* y el semanario *Búsqueda* y, como columnista, en *Voces del Frente*. Ha publicado dos libros en la línea del periodismo literario *La leyenda de Yessie Macchi* (Editorial Fin de Siglo, 2001) y *La carpera. Memorias de una prostituta rural* (Banda Oriental, 2004).

El tronco del palo borracho recuerda, por su curvatura, a una damajuana de vino. Tal vez de allí le viene el nombre, o del hecho de que los indios del norte de Argentina y Paraguay ahuecaran la parte más abombada del tronco para fermentar frutos que se convertían en bebidas alegres. Para los estudiosos de la botánica, de esta última teoría provienen los argumentos más serios que explican su singular nombre.

El palo borracho es un árbol elegante con la mirada puesta en el cielo a través de sus flores rosadas. Al menos, la mayoría de los que hay plantados en Montevideo se cubren de un rosa eufórico en verano y otoño, aunque los hay de flores rojas y amarillas.

Como otros seres vivos, contempla en silencio a los humanos, casi siempre más atentos a las luces artificiales que a los misterios de la floración y la clorofila. Desde una mirada antropomórfica, seduce decir que esos árboles descomunales guardan secretos de supervivencia. Sin embargo, sus estrategias para crecer y reproducirse, lejos de esconderse detrás de jeroglíficos, están a la vista para observadores con tiempo y paciencia.

El palo borracho cría a sus hijos entre algodones; cada semilla nace envuelta en una especie de seda blanca, llamada paina, de exquisita calidad. La paina protege a las semillas de la intemperie y, cuando están prontas para desprenderse del árbol, las ayuda a germinar adhiriendo sus hilos a la tierra. Julio Muñoz,¹ a mi modo de ver un filósofo de la botánica, asegura que la calidad de la paina es tan excepcional que durante mucho tiempo se utilizó como aislante térmico en las heladeras.

Su tronco ensanchado le sirve para guardar agua y prevenirse de las frecuentes sequías chaqueñas, es capaz de absorber hasta las gotas de rocío... Todo lo guarda en su enorme panza donde, según una leyenda, vivió el pez padre de todos los peces. Los pinchos, a la vista tan amenazantes, lo ayudan a perder menos líquido y a intimidar a posibles agresores.

Distintas leyendas rodean al palo borracho de un halo sagrado. Pertenece a los climas subtropicales que incluyen zonas de Paraguay, Brasil y Argentina, donde los indígenas han sabido aprovechar su tronco, sus humedades, sus frutos y su algodón. Ante tanta generosidad, le han retribuido con la creación de historias en las que queda casi a la altura de un dios. Según una de ellas, el río Pilcomayo se formó del agua que corrió luego de un tajo certero en la barriga de un palo borracho. Otra leyenda cuenta las penurias de una mujer quien, muerto su enamorado en la guerra, se internó en el bosque para convertirse en este árbol esplendoroso y florido.

Aunque viene de la tibieza, resiste estoico el gélido viento montevideano (a costa de perder sus hojas) y otros malos tratos. Es un árbol fuerte, prueba de ello es la historia de un ejemplar de unos quince metros de altura que aún está de pie en el barrio La Blanqueada. La peripecia de ese árbol en particular —cepillada de mezquindades por el relato oral de varias generaciones— podría competir por un lugar entre las leyendas urbanas. Así me la contaron:

En la esquina de Larrañaga y Thompson creció un palo borracho frente a una casa más bien ruinosa, donde los vagabundos orinaban por las noches, los muchachos escribían grafitis y las prostitutas se escondían de la policía. Allá por los años noventa el dueño de la casa pensó en venderla, así que colocó un cartel de 'Dueño vende', después cruzó a la vereda de enfrente y lo observó. Desde esa perspectiva, el árbol interfería con la visión de su propiedad y del cartel. Fue a su casa, buscó un hacha y regresó a cortar el tronco, justo allí en la parte de la curvatura de la botella. ¡Qué duro era aquel tronco! Romperlo llevaba más tiempo del que había imaginado. Con tesón, le quitó una capa de corteza en un aro de unos quince centímetros de ancho. Pero mientras descortezaba, alguien lo vio, se apenó por la destrucción y llamó a Muñoz, el botánico.

1::

Julio Muñoz es botánico y fue por años director de la Escuela de Jardinería en Montevideo. Es autor de varios libros, entre ellos: *Monumentos vegetales de la ciudad de Montevideo* (IMM, 1992) y *Cien años del Jardín Botánico* (IMM).



—En la esquina de Thompson y Larrañaga hay un tipo talando un palo borracho, ¿podrás hacer algo? El botánico miró los bolsos ya prontos para una semana de vacaciones a punto de empezar, luego se fijó en la cara de sus hijos chicos, miró a su esposa y a pesar de todo, dijo que sí. Ellos lo aprobarían.

Cuando llegó a la esquina de Thompson, reconoció el árbol lastimado, pero el verdugo no estaba. El botánico golpeó en las casas de los vecinos para averiguar quién conocía al señor del hacha. En todas las puertas le dijeron lo mismo: hable con Yenny. Al fin, curioso, preguntó:

—¿Y quién es Yenny?

—La muchacha que para en el muro, justo bajo el palo borracho.

Yenny llegó poco después y, tal como los vecinos habían anunciado, sabía dónde encontrar al hombre, pero calló por temor. El botánico regresó a casa, aunque antes le pidió que le avisara si veía al leñador con su hacha.

Yenny cumplió la promesa, apenas regresó el hombre lo llamó y otra vez cuando el botánico llegó

hasta el árbol, el hombre no estaba. Esta vez, la muchacha se apiadó del palo borracho y ayudó a encontrar al hombre.

El botánico golpeó muchas veces en aquella puerta bien cerrada. Nadie salió. Entonces, por la rendija dejó una advertencia y la promesa de una denuncia si insistía en cortar el árbol.

Tiempo después el palo borracho cicatrizó. Se podría escribir una historia aparte acerca de los mecanismos de curación de una planta. En síntesis: hecha la herida, un ejército de agentes químicos acuden a la zona para curar, forman una capa protectora y la sellan para que el tronco no se pudra.

A unos treinta centímetros del suelo, el palo borracho de Thompson muestra con dignidad las viejas marcas. Se nota la costura y la falta de espinas en ese sector del tronco, aunque el árbol se ve lozano. Detrás, sigue en pie la misma casa. Hacia el cielo, en invierno se bambolean al viento las painas. Debajo, en el mismo muro, las Yennys esperan de piernas cruzadas por las tardecitas. ■■

Foto P. P.